

Un baño para la revolución

Sergio Alzate

Periodista y Reseñista, sergio.alzate91@hotmail.com

Primero estuvo el baño, después la revolución *queer*.

El baño es un paradigma en sí mismo: el lujo en él es pasajero, dura hasta la primera cagada, hasta la primera meada. En ese instante el baño se transforma. No importa qué tan limpio un baño nos resulte a primera vista, sabemos que a través de su estrechez de azulejos se deslizaron los fluidos de cada agujero del cuerpo. Al halar la palanca, al apuntar hacia el desagüe, al dejar correr el agua para que ronronee entre las tuberías establecemos un pacto tácito con el baño-lugar: como espacio físico tiene que cumplir la labor del no-sitio, de la transitoriedad, de desaparecer cualquier evidencia de suciedad. El baño es y no es al tiempo. El baño incomoda con su presencia y por su ausencia. Un baño es una esquina, el fondo de un pasillo, un recodo oscuro, una letrina alejada, una maroma eterna por desterrarlo de vista lo suficiente para que dé la impresión (¿la ilusión?) de que ha desaparecido. A los futuros prisioneros de las cárceles estalinistas los mantenían, antes de sus interrogatorios, de pie en un cuarto perpetuamente iluminado y sin baño: no podían dormir para escaparse, ni podían cagar para vaciar la ansiedad de sus tripas y volverse más livianos: el no escape, la inmanencia del horror. Lo mismo hizo Pol Pot. Y Mao. Y Hitler. Y muchos tiranos más: obligar al mundo a cagarse en sus pantalones, en sus harapos, sobre su propia piel para recordarles a sus enemigos la evidencia de su mortalidad: su mierda y sus fluidos.

El gay es como el baño: una persona no-persona. El gay por eso mismo habita en el baño. Su revolución nació de las cloacas. En el oscurantismo del clóset, el gay viajaba hasta los baños a dejar salir sus locas ansias. El baño deshacía la existencia de esa doble vida, deshacía momentáneamente

los restos de las caretas. Hubo otros sitios. Descampados, parques, cines. Pero el ideal lemebeliano ha dado paso a un mundo hipervigilado y obsesionado por la asepsia. Los descampados se convirtieron en parajes, los parques en tierras de recreaciones orwellianas a las que no les cabe una cámara más, los cines porno son moribundos en espera de una eutanasia en forma de franquicia. Solo el baño sigue siendo baño. El baño de la estación Atocha sigue siendo el mismo. El franquismo llegó y se fue, pero los maricones de los baños de la estación de Atocha siguen siendo los mismos: reencarnados década a década para no dejar morir el placer furtivo.

El clóset dio paso a la luz. Las sombras se hicieron arcoíris; las prisiones, discotecas. En buena parte de los países del mundo el credo capitalista exigió abrir la puerta al gay. El gay trofeo, el gay neoliberal, la gay marca Coca-cola que bebe *lattes* en Starbucks mientras escribe en un nuevo Mac y viste Adidas. El gay producido en masas: medido de pies a cabeza, estandarizado hasta en sus últimos detalles. Un gay coleccionable. Un gay Pokémon: hay que atraparlos, no dejarlos ir, entrenarlos, hacerlos parte del sistema. El gay es el nuevo proyecto arquitectónico del capitalismo: fachadas estériles, cimientos estables, materiales prefabricados. En el gay de masas no cabe la pluma ni el travesti. El gay de masas no tira con pobres ni con feos ni con viejos. El gay de masas es aséptico. El gay de masas dice 'mírame, pero no me toques' y no obtiene placer tocando a los demás: sus yemas solo reconocen la tesitura de su propia piel de cera.





Sin embargo, el gay de masas se deshace ante el baño. La muerte no equipara a todos los hombres: la muerte es uno de los campos donde más inequidades e injusticias sociales se juegan. El verdadero equiparador de los hombres es el baño. O al menos así sucede con los maricones. En sus cubículos se dan polvos afanados que dibujan líneas que intersectan a toda la humanidad. El rico folla con el pobre, el lindo con el feo, el joven con el anciano, el blanco con el negro. George Michael, el semental ochentero, salió del clóset por culpa de un baño: *When the moon is high/ And the grass is jumpin'/ Come on, just keep on finkin'/ Keep on finkin', just keep on finkin'*. El ojo del Gran Hermano mercantil no puede penetrar en los baños. Su influencia llega hasta la puerta. No puede ver adentro. Si lo hiciera, vería que la revolución gay sigue su marcha. El gay ha redefinido el baño. En su transitoriedad de fluidos ha creado la inmanencia: el semen perpetuo por los baldosines, el eco de los orgasmos reprimidos reverberando hasta el infinito, un millón de vergas ensalivadas penetrando en la carne con violencia, sin amor, con furia, pero sin odio. Polvos efímeros, miradas nanocentimales, bocas que se devoran a sí mismas: el ritual de los baños para los gays no necesita de *smartphones* ni de las apps de ligues. El venirse en *bytes*, las *nudes* artificiosas, el placer a kilómetros de distancia no existen: no hay pasado ni presente en los baños, los baños son puro presente en su función de vectores de la carne.

El comunismo instauró la hoz y el martillo como los símbolos de su revolución particular. En Angola, el machete reemplazó el martillo y el engranaje a la hoz. El nazismo transformó la esvástica en el símbolo del horror. Estados Unidos logró convencer al mundo de que el simulacro de su mapa era un símbolo mismo: el supuesto imperio de las supuestas libertades. La homosexualidad, por su parte, rescató al arcoíris: uno de solo seis colores. Pero sobre los hombros de los maricones, como un Cristo ensangrentado, deberían portar en los desfiles del Orgullo un baño. Un inodoro a cuestas, celebrado, amado, besado en sus bases, adornado con coronas de flores. El inodoro salvador, salpicado del amor de todos. El inodoro como el último sobreviviente de la revolución *queer*. ■